

Luis Barragán, la madurez de un lenguaje

PEDRO RAMÍREZ ORTEGA*

Para comprender el lenguaje arquitectónico de Luis Barragán, reconocido a nivel internacional (y galardonado en 1980 con el premio Pritzker) es necesario conocer las influencias que tuvieron diversos artistas, paisajes y culturas en su persona, las cuales asimiló en los distintos viajes que realizó por el mundo y al interior del país.

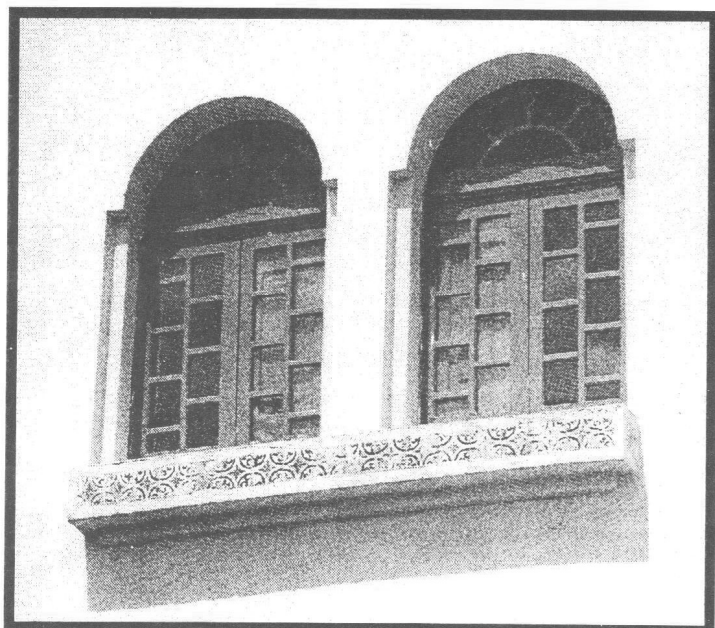
Luis Barragán creció en Guadalajara, Jalisco, ciudad pequeña y con aires provincianos (en los años 20), desarrolló su vida en la hacienda de su padre, ubicada en Mazamitla, Jalisco, lugar lleno de espacios armónicos, cálidos e integrados a un paisaje con suaves colinas, abundante vegetación e impactantes caídas de agua, esto repercutió fuertemente en su sensibilidad y su obra.

Barragán realizó sus estudios profesionales en la Escuela Libre de Ingeniería de Guadalajara, posteriormente tomó clases complementarias para recibirse como arquitecto, aunque no terminó los trámites de su titulación pues viajó a Europa. Llegó a París en 1925, en pleno auge de posguerra y presenció la realización de la Exposition Internationale Des Arts Decoratifs e Industriels Modernes, donde se gestó el movimiento estilístico conocido como Art Deco. Sin embargo, su espíritu independiente lo llevó a rechazar el estilo que allí surgía.

El recorrido por esta exposición lo llevó a valorar a cada uno de los participantes; pasó del pabellón del Esprit Nouveau del famoso arquitecto suizo Le Corbusier, al del austriaco Frederic Kesler y del soviético de Konstantin Melnikov.

No obstante, de los expositores reunidos, el jardín diseñado por Ferdinand Bac, fue lo que más le impresionó. Barragán buscó desde entonces, mantener contacto con Bac, con quien sostuvo una amistad (principalmente epistolar). Conoció los conceptos de Bac respecto al diseño y sobre todo, que “el futuro del arte se encontraba en las inspiraciones provenientes de las culturas mediterráneas, tanto europeas como musulmanas”.

Los conocimientos de Barragán se reforzaron a partir de su viaje al sur de España, donde el legado morisco lo impresionó fuertemente. Desde ese



momento, la arquitectura del paisaje y el uso expresivo del agua se convirtieron en puntos característicos de su obra.

Primeras obras en Guadalajara

El trabajo profesional de Barragán comenzó al regresar a México; remodeló y proyectó una veintena de casas, todas estas obras –incluyendo algunas de urbanismo como el parque de la Revolución– ofrecen un estilo unitario derivado tanto de la influencia de la arquitectura mediterránea como de las tendencias locales.

Entre 1927 y 1928 realizó dos pequeñas casas, las cuales muestran algunas de las

constantes de su arquitectura: residencias en nuevos desarrollos urbanos con fachadas separadas de las banquetas por jardines –en clara referencia al funcionalismo–, empleo materiales pertenecientes a la tendencia localista (tejas vidriadas y rejas de madera, acompañadas de elementos con diseño colonial, como los arcos, las ventanas pareadas y algunos remates).

El proyecto de la residencia para Gustavo R. Cristo (1929), atendió a las necesidades de los usuarios y contempló la utilización de novedades arquitectónicas como los azulejos, los cristales de colores y el aplanado de textura fuerte, además, predominó la importancia de una especie de torreón de ascendencia morisca.

En 1929 construyó dos pequeñas casas para renta, en las cuales emplea el esquema de un patio de acceso para organizar la distribución y las iluminaciones. Tanto aquí como en la casa del doctor Medina (1930), Barragán conservó el empleo del arco de reminiscencia colonial, el uso de la teja y los aplanados rugosos.

En 1931 viajó a Nueva York, donde conoció a José Clemente Orozco, quien ejerció una influencia significativa en el joven Barragán (puede apreciarse en algunos óleos la representación de construcciones cúbicas, masivas y desnudas, en un paisaje árido pero claramente mexicano). Esta influencia es clara en las primeras obras que realizó en Guadalajara, principalmente en la casa González Luna (1931).

Barragán viajó a París, donde, entre otras cosas, asistió a las conferencias de Le Corbusier conoció sus obras más recientes y se acercó con más interés a sus teorías y propuestas. También refrendó sus amistad con Ferdinand Bac, visitando de nuevo Les Colombiers.

En 1931 se acercó al tema de “la casa para vacaciones” a orillas del Lago de Chapala; es el caso de la que edificó para Gustavo R. Cristo, donde conjugó las áreas para el esparcimiento con una construcción respetuosa del entorno todavía pueblerino. En esta etapa, Barragán incluyó en sus obras algunas pequeñas aperturas triangulares; este recurso arquitectónico lo repitió con magnificencia en el Parque Revolución.

Entre 1933 y 1934 construyó algunas casas con mayor sobriedad, abandonó las tejas y los diseños decorativos de madera, proponiendo fachadas donde se conjugaba el movimiento de planos y el juego de volúmenes. De esta forma, puede señalarse la influencia de Le Corbusier.

El proyecto del Parque Revolución, 1935, marcó el fin de una etapa. Se trata de un amplio terreno que presenta dos partes simétricas alrededor de una glorieta central. El rasgo distintivo de esta obra se encontraba en un pabellón, actualmente destruido, donde se localizaban diversos servicios como baños, lugares para la venta de juguetes y refrescos, así como una bodega para los jardineros.

Es importante anotar un aspecto singular dentro del uso del color, ya que los diversos elementos construidos se realizaron en concreto aparente de tonalidades rojas y amarillas. Con esta obra, Barragán cierra la primera etapa de su lenguaje arquitectónico en su vida profesional. Buscó nuevos horizontes en la ciudad de México tanto en el ámbito económico como en el lenguaje arquitectónico conocido como racionalista.

Internacionalismo y modernidad

En esta etapa también se manifestó la influencia de Le Corbusier reflejada principalmente en la manera de organizar sus plantas, en los grandes ventanales con tendencia horizontal, y la azotea manejada como una terraza jardín —elemento que integra a la edificación con la naturaleza.

Cabe destacar que la mayoría de las obras que realizó en esta etapa se localizaron en dos colonias nuevas (Cauhtémoc e Hipódromo Condesa), donde se erigían las flamantes viviendas para los capitalinos.

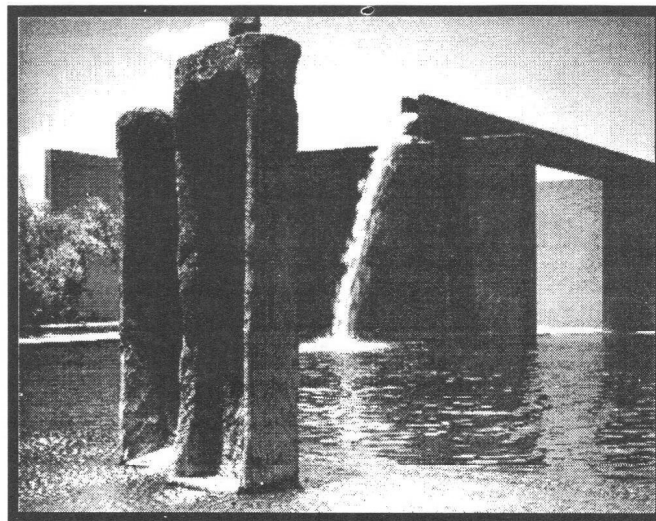
En el Parque México realizó un proyecto dúplex, que a pesar de la similitud de sus plantas, realizó pequeños cambios a las fachadas, logrando con ello la individualización de cada vivienda.

Sin embargo, la racionalidad del funcionalismo y de las vanguardias, no le ofrecían los satisfactores que buscaba, tanto en el campo de la creación como en el aspecto económico. Decidió abandonar la práctica profesional y se dedicó al negocio de los bienes raíces.

Arquitectura emotiva

En esta fase se dedicó al fraccionamiento de terrenos, fue cuando aplicó con mayor énfasis las enseñanzas de Ferdinand Bac, específicamente en tres jardines de la zona de San Ángel y en Jardines del Pedregal.

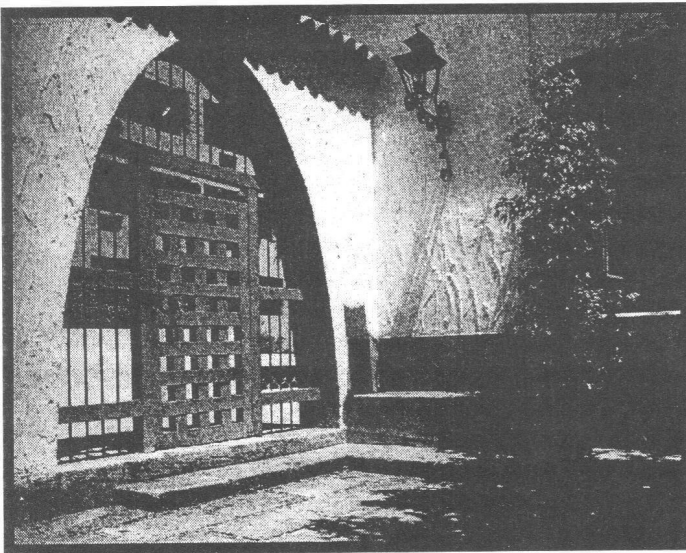
También adquiere, en ese entonces, algunos terrenos en Tacubaya, donde acondiciona para sí mismo una primera casa (1941), posteriormente construyó su propia residencia (1947). Se trató de una casa sin intención comercial alguna, donde buscó plasmar sus recuerdos más evocadores para lograr la cabal satisfacción de sus necesidades y anhelos. Aquí están presentes los jardines de Bac y de Andalucía, el recuerdo de las casonas de Jalisco —con una organización funcional—, un desarrollo interno que revive ideas del espacio infinito, así como el empleo expresivo y cuidadoso de la luz dentro de elementos y decoraciones de la tradición vernácula. Esta fue una propuesta nueva de diseño que supo retomar posteriormente, y que lo llevó a establecer un lenguaje arquitectónico nuevo.



Además, es importante señalar algunas relaciones definatorias para esta última etapa. En primer término tenemos a Jesús "Chucho" Reyes Ferreira, pintor autodidacta y originario de Guadalajara, quien colaboró en diversas ocasiones con Barragán como asesor y consejero, sobre todo para la aplicación de colores a los muros, así como en la adopción de elementos decorativos de origen popular.

Esta relación reforzó en Barragán su afición por los elementos locales, sobre todo de la zona de Jalisco, a la vez que le permitió experimentar el empleo de diferentes texturas y de un colorido cada vez más amplio.

Abogó por un cierto regionalismo, luego de que apareciera en él un cansancio hacia el estilo internacional; esto sin duda fue clave de su éxito —de acuerdo con sus seguidores—. Sus propuestas se encaminaron hacia la inserción cuidadosa de las construcciones de su entorno, respetándolo e incrementando su valor; esta fue una lección que aprendió de Frank Lloyd Wright.



Luis Barragán, quien transitó en el camino de integración con las rocas y la vegetación local, encontró en los arquitectos Max Cetto y Richard Neutra, un excelente apoyo para reafirmarse.

En el quehacer de Luis Barragán la presencia de Mathias Goeritz se dio al final, pero no por ello fue menos determinante. Un acontecimiento que acercó a estos creadores (en 1953) fue la inauguración del Museo Experimental “El Eco”, que tuvo repercusiones destacadas tanto a nivel nacional como internacional, pues se presentó un manifiesto de arquitectura emocional que contemplaba diversas propuestas para el desarrollo espacial del inmueble, a partir de ese suceso Barragán adoptó el término de arquitectura emocional para definir su quehacer.

En 1955 Goeritz colaboró con Barragán en el proyecto del Convento de las Capuchinas Sacramentarias en Tlalpan y en 1957 en el proyecto de las controvertidas Torres de Ciudad Satélite. El papel que desempeñó el escultor alemán, fue el de asesor artístico, realizando a la vez objetos de arte adecuados a los espacios proyectados por el arquitecto.

Como corolario puede recordarse otro viaje de Barragán, en el verano de 1952, en el que visitó los países nórdicos, el mediterráneo, donde vivió la emoción de conocer San Gimignano, Italia, y el norte de Africa.

Las obras que Luis Barragán realizó a partir de ese momento, son obras de madurez, pues poseen un estilo común derivado de la riqueza y amplitud de sus vivencias anteriores, las que afloraron de manera muy diversa. La característica principal de su quehacer es la búsqueda dentro de la expresión plástica, que se basó en las raíces de la arquitectura vernácula, tanto mediterránea como mexicana, además reafirmó el aspecto espiritual y emocional, exaltando la belleza y favoreciendo la integración con la naturaleza. Esto se tradujo en un lenguaje formal de construcciones masivas, con gruesos muros y aberturas dosificadas, donde los acabados de marcada textura y vibrantes colores de extracción popular enfatizaron los resultados.

La luz y el lenguaje arquitectónico jugaron un papel importante en sus proyectos, pues los empleó de manera reiterada para intensificar la emotividad de los espacios domésticos, casi siempre enriquecidos por jardines evocativos y misteriosos.

Obras consultadas:

Noelle Louise. *Luis Barragán, búsqueda y creatividad*, UNAM, México: 1996.

Barragan, *Obra Completa*, Tanais Ediciones.

*Jefe del Departamento de Vinculación Académica y Tecnológica. Profesor de la ESIA Tecamachalco.